

parque estaba desierto, en profundo sosiego bajo un cielo de plata, y me senté en un banco frente al estanque redondo. Andaba preparando, para el curso, un trabajo sobre Platón. Quise aprovechar los minutos que me sobraban, saqué del portafolios un tomo de los diálogos, me sumergí en el *Banquete* o el *Fedón*, ya no recuerdo, y me abandoné a la magia del texto y del lugar. Poco a poco me fue ganando la impresión de hallarme en otra esfera. Todo se había quedado quieto y mudo a mi alrededor, cuando de pronto vi, atónito, muy cerca, entre fulgores, un rostro majestuoso o, mejor dicho, una mirada; sí, una mirada clara y penetrante como una espada de luz. ¿Era el bien?, ¿era la idea o la belleza? Creo que no pensé en nada semejante; ni lo que estaba pasando cabía en eso que llamamos pensamiento. Pero igual que en la leyenda Malang del hombre sabio que rompió con la cabeza el firmamento, descubrí de golpe un mundo que ignoraba, y una sensación de vibrante armonía se adueñó de mí. Apenas duró unos segundos. El movimiento y el ruido no tardaron en volver. Luego, no sé por qué, vino el olvido.

»¿Qué fue aquello? ¿Una alucinación?, ¿un espejismo? ¿Por qué me dejó, entonces, esta huella, esta especie de llaga dormida que ahora se abre, como si la grieta de fuera se expandiese y me mordiera también por dentro? ¿O fue otra cosa? ¿Una interpelación? ¿Una llamada? ¿Y qué habría sido de mí si la hubiera escuchado? No encuentro las respuestas, ninguna respuesta, profesor. Ni siquiera estoy seguro de que fuese yo —el mismo que le escribe— quien vivió en realidad lo que acabo de contarle. Sólo estoy seguro de que es a mí al que le sangra en este momento esa llaga.

»Está concluyendo el plazo que me han dado, y he de recorrer todavía un camino que se me antoja interminable. Entre los hombres de mi raza es ritual en este trance que el condenado confíe a un hermano de iniciación su anhelo más profundo, para que no se extinga con él mientras llega el despertar. Yo quisiera que esa ley se cumpliera también hoy, pero ya no tengo hermanos, ni anhelos; no veo más que vacío detrás y delante de mí. Sólo me queda la herida que recibí de aquella mirada en el Luxemburgo; puesto que me sangra, tiene que ser mía y verdadera. Es mi último asidero. Aunque no sé si tendré fuerzas para evitar que se derrumbe antes del instante final. Y necesito que perdure hasta entonces, y aún después, porque tal vez sea el único despertar que esté a mi alcance. ¿Equivale esto a un anhelo? Es cuanto resta de mí, en todo caso. ¿Quiere usted acogerlo y guardarlo en su corazón, como haría el hermano de iniciación que debería acompañarme ahora? Le siento muy cerca, a pesar de las enormes distancias que nos separan, y creo que puedo atreverme a pedirselo, profesor. Me habrá salvado de la grieta, me habrá rescatado de la nada, si accede usted a este ruego.»

Ahí terminaba la misiva. Debajo de la línea postrera no se veía más que un par de manchas pardas, que podían ser de sangre. ¿Quién la había expedido? ¿y por qué? —se preguntó Souchet por enésima vez— ¿Kerbal, por un escrúpulo tardío? ¿Saida, en un súbito impulso de piedad? ¿O algún servidor fiel?... Lo que más le intrigaba, sin embargo, era una coincidencia para la que no hallaba ninguna explicación: la ma-

ñana del Luxemburgo. También él había tenido en su juventud una experiencia similar. Y aunque no la había olvidado, a él no le servía, desdichadamente, de asidero; se había derrumbado hacia mucho, con todo lo demás...

—Parece que ni la Duret, ni Blumstein exageraban. Le fascina esa carta, ¿verdad?

—¿Cómo?...

Enfrascado en sus cavilaciones, Souchet no se había percatado de la irrupción de Keller, que le observaba, escrutador, entre irónico y severo.

—No me sorprende. Es todo un testamento. Firmado con sangre, además.

—¿La ha escrito usted? —inquirió Souchet, como asaltado por una sospecha repentina, pero mudó inmediatamente de idea— ¿O es que se dedica a urgar en mi mesa cuando no estoy aquí?

—¡No sea insolente, Souchet! Esa carta llegó con el resto del correo. La abrí sin mirar.

—Y después amañó el sobre, ¡claro! Porque no era para mí.

—Si creyera usted lo que dice, no le inquietaría tanto ese papel.

—Déjese de sofismas. Esta carta era para Souchier. O quizá para usted, sí.

—¡Pobre Souchier! ¿Cómo iba a ser para él? Y menos aún para mí. No encajan las piezas. Yo no estoy a punto de ser engullido por mis fantasmas.

—¿De qué habla? No le entiendo.

—¿Cuándo dejará usted de obsesionarse con esa ridícula historia que le costó el puesto de profesor? ¿Cuándo se dará cuenta de que está pudriéndose por dentro, de que está destruyendo su talento, tirándolo a la basura? ¡Es lamentable lo que escribe! —y le arrojó desdeñosamente un puñado de cuartillas.

—¡Oiga! No le tolero...

—¿Tolerar? ¡Más valdría que no se tolerase usted las tonterías que se permite! —le cortó tajante el patrón— Haga el favor de darme el tubo de pastillas que esconde en ese cajón —agregó señalando con el dedo— ¡Vamos! ¡Démelo! ¡No sea necio!

Había tal pasión, tal imperio y energía en la voz y el ademán de aquel hombre, tan frío y lejano en apariencia, que Souchet, como un autómatas, sacó el tubo para dárselo, pero, rehaciéndose bruscamente, se detuvo.

—Luego es cierto que urge usted en mi mesa.

—¡Y qué si lo hubiera hecho! —replicó, desabrido, Keller.

—Usted sabe de quién viene y a quién va esta carta. Dígamelo —suplicó, casi, Souchet.

—Se equivoca. No lo sé. Y tampoco es cosa que importe demasiado —precisó el patrón, conciliador—. Por alguna razón que desconozco, o por más de una, quizás, esa especie de botella lanzada al mar le ha tocado a usted en lo más vivo, ¿no?

—Pero yo tengo que saber...

—¿Saber qué? El destino es artero, amigo mío, y de vez en cuando nos tiende trampas. Aunque no siempre en contra de nosotros...

—Señor Keller —anunció, sin entrar, la señorita Duret—, el editor de Boston acaba de llegar. Le espera en su despacho.

—Enseguida voy. Gracias... Mire, Souchet, la perplejidad no es una buena coartada, y a usted ya no le sirve para seguir defendiéndose de esa carta. ¡Admítalo! y decídase... En fin, si cambia de propósito, y sabe muy bien lo que quiero decir, venga a verme el lunes. Hablaremos de todo, de los inéditos de Buber y de todo.

Dando media vuelta, sin aguardar la réplica, se fue Keller a concertar negocios con su colega americano, y Souchet se quedó de nuevo solo, con el tubo de pastillas en la mano y la carta encima de la mesa.

Pablo Martí Zaro





José Hierro